

# EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena, Libertad, Antonio de S. y García, ayto. 24. Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena, al año 12. En Madrid, al año 24. En provincias, al año 30. Trimestre 80.

Viernes 31 de Agosto.

El Eco de Cartagena

## LAS BARBAS.

La barba, ese adorno, característico y exclusivo del hombre, tiene su historia, ligada íntimamente con los acontecimientos importantes de los pueblos en todas las edades: historia digna de ser conocida y estudiada, por las anomalías y contradicciones que ofrece.

Muy distintas son las opiniones que los hombres han formado de la barba: mientras que unos la ostentan con orgullo como si se preciasen de tenerla, poniendo en su conservación un especial cuidado, otros la afeitan con verdadero esmero, como si de ella se avergozasen.

Los salvajes, así como los habitantes de algunos pueblos del Asia, se arrancan la barba cuidadosamente con unas pequeñas pinzas no bien empieza a brotar, mientras que los pueblos europeos la arreglan, y procuran su crecimiento con gran cuidado. Nosotros no hemos de inclinarnos en favor de unos ni de otros, limitándonos únicamente a dar a conocer a nuestros lectores algunos hechos que demuestran la importancia que se ha dado a la barba en todas las épocas.

Las medallas y bajos relieves que se conservan, pertenecientes a los antiguos egipcios, demuestran que aquellos pueblos se dejaban únicamente algunos pelos a los extremos de la barba. Los hebreos, en cambio, la dejaban crecer, afeitando únicamente el bigote.

Cuenta Strabon, que cierta secta de la Judea considera la barba larga como un emblema de sabiduría, elevando a los primeros puestos y concepiendo como verdaderos sabios, a todos aquellos que se hallan dotados por la naturaleza de una barba larga y espesa.

Los asirios y persas, pueblos que en la antigüedad marchaban a la cabeza de la civilización, imponiendo sus leyes y costumbres a las demás

naciones, la consideraban y apreciaban hasta tal extremo, que durante mucho tiempo estuvo establecida la costumbre de que, tanto sus soberanos, como las personas que ocupaban las primeras dignidades, se trenzasen la barba con hilos de oro, a fin de conservarla. Esta misma costumbre tuvieron los primeros reyes francos, según algunos historiadores.

Grecia y Roma; Grecia, maestra de la antigüedad en las altas concepciones del espíritu humano, en la poesía y en las artes; Roma que trajo al progreso de las naciones la idea del derecho y fundó antes que ninguna otra la del Estado; los griegos y los romanos, cuyo génio, desde los valles que riegan el Eurotas y el Tiber, han difundido por el mundo entero la luz brillante de una civilización inextinguible, han ofrecido el homenaje de su respeto tradicional y constante a ese bello adorno del hombre. Grecia, cuyos destinos parecen presididos por la belleza, ha contemplado en él un hermoso complemento de la majestad humana. Roma, cuyos destinos inspiran la ley y la fuerza, lo exaltó como símbolo de la virilidad de nuestro sexo. Homero, el más ilustre poeta de los siglos, en uno de sus sublimes cantos, habla de las blancas y hermosas barbas de Nestor y del rey Priamo; Virgilio cita en una de sus obras la luenga y poblada barba de Mercurio; Plinio, el joven, hace mención de la hermosa barba de un filósofo de Siria, que inspiraba al pueblo una especie de respeto religioso; y por último, Plutarco se ocupa de un anciano que preguntándole por qué ponía tanto esmero en su barba, contestó: «Es a fin de que, teniendo la siempre a la vista, no ejecute cosa alguna que pueda empañar el brillo de su blancura.»

Tanto los griegos como los romanos, conservaron por mucho tiempo la costumbre de dejarse crecer los cabellos y la barba. Scipion, el africano, fué el primero que obligó a sus súbditos a rasurarse diariamente.

Los emperadores romanos, hasta Adriano, se hicieron también rasurar

pero este emperador, con objeto sin duda de ocultar las cicatrices que cubrían su rostro, se la dejó crecer. Los griegos se afeitaban la cabeza y la barba en señal de luto y desconsuelo; los romanos se dejaban crecer esta última en prueba de aflicción y de dolor.

Los chinos, acaso porque la naturaleza les ha privado de ella, aprecian infinito la barba, considerándola como uno de los signos característicos de la belleza en el hombre. Generalmente envidian por eso a los europeos, no comprendiendo cómo muchos de estos se afeitan.

Tanto los tártaros como los árabes, rinden también un verdadero culto a la barba. Los primeros sostuvieron una larga y encarnizada guerra de religión con los persas, acusándoles de infieles porque se cortaban la barba a estilo turco. Los segundos prefieren arrostrar los tormentos más atroces, a arrancarse un solo pelo de la barba, siendo para ellos dogma religioso el conservarla, puesto que Mahoma jamás cortó la suya.

El pueblo turco la considera como un signo del culto, cuidándola en su consecuencia con gran esmero, cortándola y perfumándola muy a menudo.

En prueba de ello, el mayor acto de deferencia que un turco pueda dar a cualquiera que le visite, es obsequiarle derramando algunas gotas de perfume sobre su barba. Cuando la peinan, extienden un chal sobre sus rodillas y en él recogen todos los pelos que caen, los unen a los que tiene el peine y los colocan devotamente sobre el sepulcro de sus antepasados. Dar un beso en la barba, es para los turcos la mayor demostración de respeto y cariño.

En los pueblos de Europa, la barba ha seguido los caprichos de la moda. Nuestros antepasados la consideraban como un distintivo de la nobleza y del valor, hasta el extremo de ponerse algunos guerreros largas barbas postizas cuando salían a pelear. Los ingleses, lo mismo que los anglo-normandos, se dejaron crecer las barbas hasta el tiempo de Guillermo el Conquistador, que proscribió

esta costumbre, si bien muchos ciudadanos prefirieron exiliarse a obedecer tal orden.

Pedro el Grande, quiso también obligar a los rusos a cortarse la barba; pero no consiguió su objeto, por que la mayor parte de sus súbditos, aun de las clases menos acomodadas, prefirieron sufrir los castigos y pagar las multas que se les imponían, antes que prestarse a ser resurados.

La gente del pueblo, que por no poder abandonar las ciudades, se vio precisada a cumplir las órdenes dadas por Pedro el Grande, cortó sus barbas, guardándolas cuidadosamente y mandando las enterrasen con sus cadáveres, a fin de poder presentarse con ellas el día del juicio final.

En los siglos X y XI se tuvo por gran honor el poder ostentar una barba larga y poblada, debiendo el rey Roberto, adversario de Carlos el Simple, la fama que adquirió entre su ejército, a la crecida barba blanca que dejaba caer siempre fuera de su coraza, la cual le hacía ser reconocido con gran facilidad por sus soldados.

En el siglo XII y siguientes, conservó la barba su preponderancia. El emperador Carlos V, el Papa Julio Francisco I, Enrique IV y en general todos los personajes notables que figuraron en aquella época de nuestra historia, dejaron crecer sus barbas, cuya costumbre decayó en tiempo de Luis VIII, época en que empezó a usarse el bigote. Molière, Colbert y todos los hombres que florecieron en aquel tiempo, se rasuraban la barba, dejando solo crecer aquel

A principio del presente siglo, y a consecuencia de haberse generalizado el uso de la patilla, quedó relegada al olvido y prohibido su uso por la costumbre; pero a los pocos años volvió a recobrar el terreno perdido, generalizándose nuevamente.

En la actualidad la barba no tiene más razón de ser que el capricho del hombre que la posee, habiendo muchos individuos que se la afeitan únicamente en épocas determinadas del año. Sin embargo, hay algunas clases de nuestra sociedad que